LIBRO DE ACTUALIDAD

YO PUSE UNA PICA EN FLANDES

por Luis Gabaldón y Rafael Santa Ana

Graciosísima parodia de la obra de E. Marquina *En Flandes se ha puesto el Sol*, estrenada con gran éxito en el Teatro de la Princesa.

De venta en todas las librerías

ALFONSO FOTÓGRAFO
TELÉFONO 2869
FUENCARRAL 6. MADRID

Centro periodístico de **JOSÉ LERÍN**
Abada, 22.—Kiosco frente á Apolo
Envíos de periódicos y libros á provincias

Centro Gráfico-Artístico ✣ Imprenta
Ronda Conde-Duque, 3, Madrid ✣
Obras de lujo ✣ Revistas ilustradas ✣ Encuadernaciones

Fotograbado de
A. VAZQUEZ
Perfección --- Rapidez --- Economía
COLEGIATA, 7.—MADRID

La Hoja de Parra

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

Número suelto, CINCO céntimos

SUSCRIPCIÓN EN PROVINCIAS, 1,50 PESETAS TRIMESTRE

APARTADO DE CORREOS, 547.—MADRID

AÑO I. **Madrid, 13 de Mayo de 1911** **NUM. 2.**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
Al público
PEDRO DE RÉPIDE
Una idea de Jehová
CRISTOBAL DE CASTRO
Postal del ex-Venerable
JAVIER BUENO
La Fornarina en el Ateneo
FELIPE TRIGO
Se aburría
EL CONFESONARIO
Artículos de
CARMEN ANDRES y
ANTONIO BOTO (REGATERIN)
MODESTITO
Un comentario
F. GOMEZ HIDALGO
Lápida habremos...
MINGO REVULGO
Una indiscreción
CLAUDINA REGNIER
Renglones de una excéntrica
G. CORROCHANO
La vida del teatro
TOVAR, CYRANO, R. MARIN, MANCHON y ALFONSO

Retratos y caricaturas de Rosario Soler, Carmen Andrés, Laura Santos, Antonio Cortón, Cristóbal de Castro, Sol y Ortega y otros dibujos.

5 cénts.



ROSARIO SOLER

Con su última »toilette», en Méjico

AÑO I. NÚM. 2.

LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

: : : : Madrid 13 de Mayo de 1911 : : : :

AL PÚBLICO

Muchas gracias, señores, me suplican que os dé los editores por el éxito *horrible* del periódico (verdad es que no puede ser más módico su precio), y me prometen ¡oh, lectores! pagarme con su *luz* vuestros favores.

Y como uno se agarra á todo, por vivir, al infrascrito le parece ya un nombre muy bonito el de La Hoja de Parra.

Ser humilde es mi norma (lo soy más en el fondo que en la forma), por lo cual mi modesta y pobre firma con unas pesetejas se conforma si lo futuro el éxito confirma de estas *hojas* volantes que —como las guindillas —son picantes; pero no pornográficas ni en sus artes escritas ni en las gráficas.

La suerte colosal de esta Revista, recién llegada al mundo, nos demuestra que ha sido invención diestra darle ese nombre un tanto... modernista, porque—merced á nuestra Hoja de Parra—ocúltase á la vista lo que nadie á la faz del mundo muestra.

Quiero decir, señores, que esta Hoja, por vosotros mirada con cariño, puede hojearla y ojearla un niño, pues ni excita, ni ofende ni sonroja: que el escritor de su deber esclavo nunca en la vida la vergüenza pierde ni al público le pone la faz roja. Y eso que, al fin y al cabo, como una Hoja de Parra es cosa verde, se podría abusar un poquitito de ese color...



El último figurin.

En fin, no necesito dedicar alabanzas á un periódico que, sobre ser tan módico, *resulta* muy ameno y muy bonito. (Claro es que yo me excluyo de estas palabras en elogio suyo).

No os canso más, lectores. Pongo punto final á tanto ripio, y os recuerdo la frase del principio: ¡muchas gracias, señores!

Posdata: Desde el número tercero se irá por estas Hojas «De parranda» vuestro humilde coplero y antiguo servidor,

Carlos Miranda

UNA IDEA DE JEHOVÁ

El señor de Jehová estaba muy grande y justamente incomodado.

El caso no era para menos. Figúrense ustedes que el jefe superior de policía del Paraíso, después de haberle enviado repetidas comunicaciones, haciéndole saber que el señor Adán y la señora Eva habían dado en la flor de acostarse, las más de las noches, después de las doce y media, acabó por presentarse ante su presencia suprema, porque lo que tenía que referirle no podía trasladarse por escrito. No podía decirse más que al oído.

Y Jehová, que era una especie de Azcárate de la época, se sintió indignado en su austeridad, ante la noticia que acababan de llevarle. Así, ordenó inmediatamente que una pareja de arcángeles de Orden público verificase el desahucio y lanzamiento del matrimonio inquilino del Paraíso Terrenal. Adán, que estaba ya muy harto de las chinchorrerías del casero, que le parecía un viejo verde y métomeentodo, se alegró mucho de aquella determinación, y cogiendo del bracete á su señora, que era todo su equipaje, salió de aquel lugar con la cabeza muy alta.



SATIRIASIS

Pero no bien habían salido de la finca, empezó á soplar un airecillo de la Mesopotamia, que les hizo recordar la excesiva sencillez de sus vestidos. Y como daba la casualidad de que pasaban cerca de un almacén de ropas hechas, Adán tuvo una idea.

—Yo me compraré un terno de chaquet. Y á tí, ¡oh, mujercita mía!, te feriaré un equipo completo, ya que no te lo compré cuando nos casamos.

Dijo, y estornudó. La necesidad de la indumentaria se manifestaba imperiosa. Una hora después, continuaban su marcha perfectamente ataviados.

Y Jehová, que les contemplaba desde una nube, ¡fíese usted de los hombres austeros!, calóse su monocle, y exclamó con gesto de disgusto:

—¡No es por ahí! Tú, ¡oh, Adán!, puedes seguir con tu chaquet. Pero á tí, preciosa Eva, no te he confeccionado tan cuidadosamente, para que luego no pueda recrearme en mi obra.

Y en menos tiempo que se dice, creó á la oruga, que cayó sobre la blusa azul de Eva.

La perjudicada, que vió aquello sobre la prenda de sus coquetcos, empezó á chillar desaforada. Había un recurso. Adán la ayudó, y Eva arrojó aquella blusa celeste que había sido todo su orgullo.

Entonces Jehová, inventó el ratón. Un ratoncito menudo y sutil al que ella vió llena de espanto meterse por debajo de su falda. Para grandes males son los grandes remedios. Se despojó de su falda, completamente *entravée*. No fué bastante. La enagua, de finísima batista, cayó al suelo también.

Entonces, Jehová, creó la avispa. Eva acababa de estrenar unos pantalones admirables, más fantásticos que el evacuatorio de la Puerta del Sol. Y la avispa, recién creada, dirigióse hacia ellos, quién sabe con qué aviesos fines. Eva, que la vió venir, apresurose á despojarse también de aquel lujo mundano.

Jehová era implacable. No le quedaba á Eva más prenda que la camisa, y entonces,

inventó la pulga, quién sabe si para cobrar pequeño derecho en la Sociedad de Autores. Eva, la primera de las coupletistas del mundo, quitóse la camisa.

Ya se regodeaba Jehová, contemplando á la chica con verdadera fruición á través del monocle, y atusándose la barba, presumiendo de hermosote, cuando Eva, que acababa de sentir por vez primera esa cosa molesta que se llama pudor, cogió una hoja de parra, y se la puso, por toda vestidura, en el sitio que ella creía que la hacía mas falta.

Pero Jehová, que no quería que se le pusiera nada por delante, acudió entonces á un maquiavelismo, indigno de su alta representación y fué cuando creó la filoxera.

Después de destruir uno por uno todos los obstáculos que le estorbaban la vista de lo que á él le divertía, se quedó tan contento y hasta suprimió el impuesto de Consumos en su reino, dejando cesante á San Pedro, que era el vigilante del fielato celestial.

¡Quién sabe dónde está la clave de las grandes revoluciones!

Pedro de Répide

Postal del ex-Venerable

A Paco Gómez-Hidalgo
en «La Hoja de Parra»

Querido Gómez-Hidalgo:
me pide usted lo imposible.
Ya, en los reinos del «Terrible»,
ni entro ni salgo.

Porque vi lo deleznable
del «Terrible» y su desorden
dejé de ser Venerable
de la Orden.

Mas porque no se dijera
de mí que soy traicionero
dejé al amigo Cabrera
de heredero.

Diríjase usted á él
que hoy tiene la primacía.

Ya sabe usted: «Hostería
del Laurel».

Las noticias que me dan
sobre los «Terribles» que hay
dicen que *mejor están...*
¡en Bombay!

La «Cruz de la Mujer muerta
de amor», insignia divina,
ahora la tiene á su puerta
Celestina.



EL EX-VENERABLE

Todo es ahora manga ancha,
y hay quien se pasa las horas
rondando un taller de planchadoras...

La orden que yo fundé rígida
se envilece y avillana.
¡Ya no roban á doña Ana,
sino á Brígida!

...Querido Gómez-Hidalgo:
me pide usted lo imposible.
Ya, en los reinos del «Terrible»,
ni entro ni salgo.

Cristóbal de Castro

LA FORNARINA EN EL ATENEO

La gentil *diseuse* ha visitado la docta casa.

Me parece que los dos adjetivos que empleo para dar cuenta del suceso, son bien apropiados. Sobre todo, lo de docta, porque, ¿cómo podríamos adjetivar á un edificio del que es asiduo concurrente el señor Daza?

Pues, sí, en la *docta* casa estuvo la Fornarina días pasados. ¡Quién tuviera la pluma de Don Cristóbal de Castro para describir á la linda coupletista desde el zapato hasta el sombrero, pasando por cuantas prendas hornan su persona! Aunque declaro que, si me fuese dado pasar por todas esas prendas, no me detendría en describirlas. ¡Me faltaría tiempo para otra cosa!

Lo que yo puedo asegurar, es que los retratos de los ilustres varones que adornan los muros de la galería, han tenido una sonrisa picaresca. ¡La Fornarina y en pleno mes de Mayo!

La Primavera,
La sangre altera.

Y si esto les ha ocurrido á los retratos, fácil es presumir lo que sucedería al general y al Sr. Labra, que aunque algo entrados en años, de cuando en cuando, y á creer en las aseveraciones de una opulenta jamona escritora, se les levanta el ánimo hasta el punto de cantar haciendo piruetas:

Echate que me pongo muy malo.

El Sr. Labra pertenece á la Liga Antipornográfica, pero el ser miembro de sociedad tan agradable, no influye nada en el carácter del miembro.

La Fornarina ha perfumado con su carne joven y sus perfumes, más con estos que con primera, los austeros y antipáticos salones. Aquellos divanes que huelen á polvo erudito, desde hoy tendrán el frescor y la lozanía de la paja y del heno.

Pero si con la visita ha salido ganancioso el Ateneo, también la aplaudida *divette* ha tenido ocasión para un recreo espiritual. La Fornarina *ama* los libros. Una noche la oí decir en el café de la Comedia:

—A mí me encanta Víctor.

Algún malicioso supuso que Víctor era un príncipe ruso, admirador de su belleza, y hubo de preguntar:

—¿Es guapo? ¿Es rico?...

Luego se puso en claro que Víctor era Víctor Hugo, de quien la Fornarina ha leído *Los Miserables*.

Por tal erudición el Sr. Daza daría ochenta de sus mejores recentales extremeños.

Javier Bueno

Los «trabajos» de Don Juan



El Sr. Sol y Ortega.—¡Ascolta, noya!...
La interpelada.—Cuando se le levante á usted el puro.

SE ABURRIA...

(CAPÍTULO PRIMERO DE UNA NOVELA... QUE NO SE ESCRIBIRÁ)

Pasó el ayuda de cámara. Entreabrió el balcón y dejó sobre la poltrona el traje que iría el señor á ponerse, perfectamente acepillado. Marchó sobre la alfombra oro, sin ruidos, y soltó en la amplísima pila, que parecía una carabela, los dos grifos. El del agua caliente vaheaba, y corrió abierto á todo chorro.

En tanto se llenaba la bañera, Iligio, cierto de que el doble juego de cortinas que caía por las columnas impediría llegar demasiado la tenue claridad del balcón y el blando rumor del agua hasta la alcoba, abrió un armario y sacó otros seis trajes de mañana, por si acaso. Del departamento de corbatas extrajo quince. Apercibió enseguida los peines y tenazas y esencias y jabones y tijeras y escofinas y esponjas y cepillos encima del tocador, que parecía un altar—y últimamente fué al baño, estudió el termómetro, que flotaba entre el oleaje; graduó los grifos para obtener los treinta grados, con toda exactitud, y cerró las llaves, añadiendo medio litro de agua de Koln, auténtica.

Por la estancia se extendió un fresco olor de magnolias y limones.

Entraron desnudas tres bellezas. Una llevaba una oblea azul pegada en el ombligo, y tocaba el arpa. Las otras dos, morenas (con obleas rojas), tocaban cítara, violín. La violinista descorrió el cortinón de terciopelo. Quedaba el tul, y á través de sus ramajes blancos vieron que el conde dormía, con la boca abierta, con el pelo en negras mechas de desorden, y roncando levemente.



ANTONIO CORTON

Como dice, indiscreto,
en ciencias de Amor doctor ha sido,
aunque no ejerce ya.
no sabe guardar ningún secreto,
¡ni aun el profesional!

A una señal, preludió la orquesta una danza ideal de campanillas. Se inició suave, ligera, como brisa matinal que riza un lago. Pero dos graduados andantes y luego un fuerte, despertaron al señor—que cogió un zapato y se lo arrojó á las tres bellezas. Estas huyeron. La música, al poco, siguió sonando en la rotonda, á través de otros densos cortinajes. Era el modo de avisarlas. El zapato de charol, se había quedado enredado en los tules por un gancho.

Bien. No despertaba el conde hoy para guasas helenistas. Soñaba que se aburría, profundamente, jugando carambolas con la duquesa de Bohn. Bostezó, con una perspectiva de aburrimiento horrible, y encendió un cigarrillo de hamamelia de Bombay, liado en nipa.

Volvió inmediatamente á bostezar y dejó en la meseta el cigarrillo. Saltó del lecho. Para dormir usaba un largo camisote. Se sacó las mangas y lo soltó por los pies. Fué al baño. Se zambulló hasta el pescuezo. Y como la panda y ancha disposición de la bañera permitíalo bien, cerró los ojos, con la cabeza acomodada en la concha especial del *portland*, y dormitó quince minutos.

Iligio le envolvió en el ropón felpudo. El conde se tendió á lo largo de la otomana aurora y dormitó veinte minutos. Entró el barbero y le afeitó—sin despertarle. Cedía á los leves movimientos de presentarle uno ú otro lado de la cara. Y le peinó. Y le aplanchó el pelo á fuego; si bien ya, para esto, el señor conde se iba espabilando. Su peinado, una vez hecho, le infundía cuidados y respetos exquisitos.

Todavía, no obstante, con la cabeza erguida y sostenida contra el puño, dormitaba, cuando entró la manicura. Sentóse la muchacha en un pequeño taburete. El yacente sacó del ropón una mano, y se la abandonó. Volvió á cerrar los ojos.

La música no se oía. O mejor dicho, sí; pero lejos. En el comedor sin duda. La arpista y la violinista y la citarista le estarían entreteniendo el hambre á los amigos. Cambió de manos. Se reclinó en la derecha cha y le entregó la izquierda á Esperanza. Breve la operación, como efectuada cada día, la joven le dejó perfecto el bruñido de las uñas con el *poudre-email* y la brocita de gamuza. Luego le dió con la pomada de gardenia por la palma y por el dorso—y mudó el taburetillo á los pies.

—¡Señor, los pies!

Le tuvo que tocar con palmaditas. Se había dormido. Pero semidespertó y entresacó los dos pies por el felpudo Volvió á dormirse. O si se quiere, expresado con plena verdad, volvió á sumirse en aquel dulcísimo sopor que sólo le dejaba en vela la sub-conciencia. Y no, no era esto por el cigarrillo de Bombay, al que únicamente le había dado una fumada, sino por el miedo á entrar en la real realidad de la vida, hoy (aburrido según le habían dejado con la duquesa de Bohn aquellas carambolas), con un cruel aburrimiento que nada aliviaría. El conde no ignoraba que se vive veinticuatro horas de un día, según se ha dormido ó se ha soñado, bien ó mal, la noche antes. Estado sub-consciente.

NUESTRAS COCOTAS



LAURA SANTOS

Las sensaciones le *touchaban* (*touchaient*) con una suavidad de raso-cielo: la blandura del diván, la *souplure* (*souplesse*) del ropón, la finura de las manos de Esperanza. ¿Qué diablo de gloria en miel tenía hoy esta Esperanza en las manos?... ¡Demonio! Le andaba en la planta de los pies. Era un frotar..., era un *efleuser* casi mágico. ¿Con qué?... Por no verlo, no abría los ojos el conde. Pero pensaba... trataba de averiguarlo por la misma sensación. ¿Con qué?... Diríase que le había dado en la planta de los pies jabonadura, que se la había dado también ella en los pechos, y que le estaba frotando con los pechos... ¡Oh! ¡Ah! ¡Caracaracoles!

Abrió los ojos. Miró. No vió nada. Unicamente descubrió el pelo de Esperanza, y por cierto, con una transformación; porque era rubia y veíala negra. Se habría teñido. Entonces preguntó, aunque sin moverse, por no interrumpir sus sensaciones de delicia:

—Oye, tú, ¿con qué me tocas?

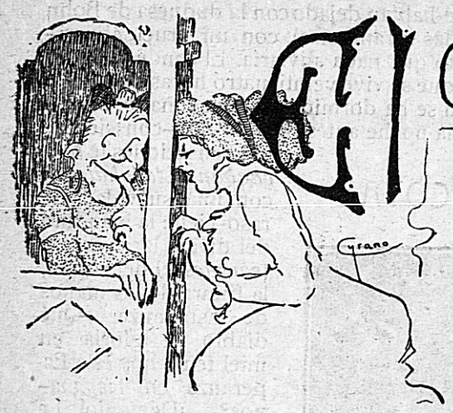
—Con las manos, señor conde.

—¿Con las... manos?

Se incorporó á mirar, incrédulo, y vió que sí.

Había terminado la joven. Partió y entró de nuevo Iligio. El conde bostezaba. Se aburría de un modo tal, que le dejó completamente al sirviente la elección de sus ropas de la tarde. Esto simplificó el tocad).

Felipe Trigo



El confesonario

CARMEN ANDRÉS

Me pide el Director de La Hoja de Parra nada menos que unas confesiones en forma de artículo, creyendo, sin duda, que yo poseo ese doble don que adorna á algunas de mis compañeras, las cuales, al acabar de representar, *cojen la péñola y á tañerla.*

Yo no soy más que artista, y fuera de representar, mal ó bien, más bien mal, los papeles que los autores me reparten, se hacer *crochet*, unos vestiditos de punto muy monos, lavo muy regularmente, y si á mano viene, friego también.

Ya sé yo que todo esto es muy prosáico; pero ¡qué le voy á hacer! No es cosa de estrujarme el cerebro buscando adjetivos, ó pasarme las noches detrás de un consonante.

La escritora, como la artista, nace; y yo he nacido para lo segundo.

Sin embargo, por complacer á Gómez-Hidalgo, voy á contar á los lectores de La Hoja de Parra una anécdota de mi carrera artística.

Sirva ella de confesión. Por lo menos tiene la ventaja de que es verdad, y la confesión... la confesión ¡ay! no lo sería.

Próximos á romper con el Nuncio, no hay quien se confiese.

*

Pues señor, hace unas cuantas temporadas, fuímos á estrenar un teatro levantado en un pueblo de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, un piquete de la compañía que actuaba en el Teatro Cómico.



CARMEN ANDRÈS, vistiendo falda-pantalón.

La malograda Luz García Senra, el pobre Chavito..., en fin, unos cuantos, y entre ellos, mejor dicho, entre ellas uua servidora.

El viaje es penoso: después de ocho horas de tren, hay que tomar una cosa que llaman diligencia, y cátate dos horas más sufriendo baches y tragando polvo...

¡*Por fin*, llegamos!

El Empresario, dueño del teatro, rodeado de los elementos más importantes del pueblo, nos esperaba en la puerta de la Administración del coche; la mayoría de los vecinos, con un cortejo de niños, perros y burros, estaban también allí.

Al descender del coche, una mujer se dirigió á Gonzalito, y enseñándole un chico que lloraba, le dijo: «*Cómico, cómete á este niño*».

Nos llevaron al teatro: ¡una preciosidad!, recién acabadito, todo muy limpio, todo muy blanco, el Empresario y dueño, suplicaba á los caballeros que no fumasen, y á las artistas, nos encargó mucho cuidado con las máquinas de calentar las tenacillas... ¡Un incendio! ¡Dios mío! Y se ponía lívido al pensarlo.

Pero es el caso, que yo, á consecuencia de las molestias del viaje, sin duda, me quedé completamente afónica y no se podía demorar, ni substituir la función anunciada.

¡Qué hacer!... Una compañera me dijo que ella conocía una fórmula para aclararse por el momento, tan rápida, que á los diez minutos podía cantar.

—Venga enseguida—le supliqué.

—Se trata, sencillamente, de tomarse una cucharada de petróleo; ¡claro que no es *Chartreusse*, pero hija, quita la afonía en el acto.

No vacilé, mandé enseguida por veinte céntimos de petróleo, y me dirigí al teatro á vestirme para trabajar.

Una vez en el cuarto, me tomé una cucharada grande de petróleo, y..., efectivamente, la voz no se habia aclarado mucho, pero despedía un olor, que no había quién se me acercara...

Temiendo que la dosis fuese poca, hice de tripas corazón; tomé otra segunda cucharada y á escena...

En el pasillo, me encontré al Empresario-dueño; estaba lívido, iba husmeando los rincones, subía á los telares, bajaba al foso, y á todo el mundo le preguntaba: «No notan ustedes un olor muy fuerte á petróleo», y como le constestaban afirmativamente, el pobre hombre, bañado en sudor, se dejaba caer en una silla con desaliento, diciendo: «Sería una desgracia...», y poco después, se levantaba, y vuelta á oler en los rincones, en los bastidores...

Alguien le indicó que se había acabado la primera sección y no habia felicitado á los artistas, y para enmendarlo, vino el pobre hombre y me tendió la mano sudorosa y febril.

—Usted, dispense, pero estoy preocupadísimo..., ha estado usted muy bien, pero no ha notado un olor á petróleo...

—Soy yo, la dije; la que huele.

—¡Usted!

Entonces le conté lo que me ocurría, y al acabar, me dijo:

—Sí que me estaba usted dando un debut de órdago.

Y al acabar, todo el muudo, al leer la tablilla, comentaba con asombro una nota que decía:

«*Los artistas que se encuentren afónicos y piensen tomar petróleo, lo comunicarán á la Empresa con seis horas de anticipación*».

Carmen Andrés

REGATERIN

Como verán ustedes, en la lidia amorosa, yo soy el más desdichado y el más cobarde de los toreadores. ¡Señores, que «perro» miedo he tenido siempre á determinadas consecuencias de las aventuras amorosas! Los toros cojen, pero sueltan luego, más ó menos pronto. Pero hay otras «cogidas» de las que no se ve uno libre en toda su existencia... Yo las he tenido siempre un miedo loco, y claro está, como pasa cuando se tiene miedo, «entré» poco y cuando entré no lo hice con mucha suerte que digamos...

Entre las veces que me he metido, que cuento por los dedos, si es preciso, y sobran dedos, fué una—la más curiosa de mi vida, me parece á mí—en Barcelona, allá por el año 1902, cuando yo era novillero todavía.



Fot. Compañy.

Toreé en aquella plaza, y me «sopló» la suerte. Estuve regular de capa, aticé una buena estocada y los catalanes me sacaron en hombros. Llegué al hotel de vuelta de la corrida, y cuando me disponía á meterme en la cama, se me presentó un «garsón» diciéndome: «Esta carta acaban de traer para el señor.» Me alarmó un poco la misiva; la miré varias veces, la cambié de mano como hubiera podido hacer con la muleta ante un bicho del Sr. Miura, y nada, no daba con la clave; por más que pensaba no se me ocurría de quién pudiera ser aquella carta.

Estaba encerrada en un sobre pequeño, color de rosa, que olía muy bien, y la dirección decía así: «Personal y urgente. Para el señor D. Antonio Boto, El Regaterín». Al fin me decidí y rompí el sobre. Me quedé «helao». ¡Santo Dios qué cosas, qué mujeres! Una señora, que no daba su nombre, con las palabras más tiernas que se puedan ustedes figurar, me decía que me había visto torear, que le había gustado mucho... y que «me quería». «Esta noche,—añadía más abajo—iré al teatro del Liceo, y estaré en el palco número 3. Vestiré falda negra, blusa blanca y sombrero con pluma azul. Cuando salga sígame usted; al llegar á casa le avisaré».

Yo no salía de mi asombro. ¡Yo un pobre novillero metido con una señora guapa y joven, que sería lo menos la esposa ó la hija de un banquero; acaso de un duque ó de un marqués!... Nada, que debía ir. Al fin y al cabo, por muy miedoso que uno sea, cuando el toro se viene encima hay que echarle el capote. Fuí al teatro. La señora, á quien yo no conseguí ver bien, estaba dónde y cómo me había dicho, y la acompañaban varias señoras y varios caballeros ¿Cuál sería su marido, el banquero ó el duque ó el marqués?

Cuando terminó la función «mi dama» salió acompañada de las señoras y los caballeros. Yo les seguí de largo. Al llegar al paseo de Gracia, «mi dama» y un caballero se despidieron de sus acompañantes y entraron en un portal. Entonces mis dudas. ¿Qué hacer? ¿Irme? ¿Esperar? Entre si me voy ó si me quedo, ¡zás! una criada muy seria, que se me acerca y que me dice, alargándome una carta: «Tome, de parte de mi señorita». Yo cojo la carta, y me voy á leerla bajo un farol. La señora me daba sus excusas «por que no hubiera podido ser» aquella noche, y me citaba para el día siguiente á la hora de misa.

Yo, la verdad, pasé aquella noche, hecho un «tolili», sin poder dormir. ¿Me daría una «cornada»? ¿Me...? Pensaba que no debía ir á la cita que me daba, que debía salir de Barcelona al amanecer. Pero, señores ¿y la dignidad? Yo, al fin y al cabo era un caballero y como tal debía proceder. Iría.

Me despertaron temprano; me hice la «toilette» con mucho detenimiento y fuí. La ví salir de su casa y tomar un coche. Tomé otro y la seguí. Llegamos á La Barceloneta y junto al mar, descendió del coche y me llamó. Me acerqué y... ¡me quedé «epatao», señores, «epatao»! Me la habían cambiado. La mujer que yo había visto en el teatro— ¡oh efectos engañosos de las baterías!—me pareció guapa; esta era por su edad, por su figura, por su cara, una cosa así como madame Pimentón, á quien todos ustedes conocerán. Bien estaba que fuera á misa y se preparase á morir cristianamente como manda Dios... ¡Pero Dios no manda, que yo sepa, tener pretensiones amorosas á los doscientos años! Nada, que eché mano de todos mis recursos para trastearla y no quedar del todo mal. No era un toro, joven y noblote; era una vaca, vieja y no había manera. Despreciaba el capote y arrancaba hacia el cuerpo con unas intenciones... ¡Santo Dios que tía!

La dije que me había citado la Empresa de la plaza de toros para media hora más tarde; que me quedaba en Barcelona y que ya nos veríamos, y que saludase á sus nietos de parte mía... ¡Qué sé yo cuántas cosas!

Al fin me ví solo en el coche y respiré. ¡De buena me había librado, virgen de la Paloma!

Desde entonces me desanimé mucho, y ya ven ustedes que la cosa no era para menos. Mis tiempos de soltero han dado de sí muy poco. Como en la plaza, en el amor, me tocan los mansos, los bueyes imposibles. Es el sino, el sino...

Antonio Boto, Regaterín

UN COMENTARIO DE "MODESTITO,,

Si mi simpático amigo, si que también, valiente matador de toros Antonio Boto, (suprimo el *Regaterín* para que no se le crispen los nervios á *El Barquero*), no se me enfadase, diría como comentario breve á la aventura que nos cuenta, que es mucho más infeliz que un carro de mudanzas de treinta reales.

Ese rasgo de ingénua sinceridad, hará *de reir*, como puede que diga Ruiz Valarino, á toda esa serie de fantásticos conquistadores de señoras que van por esas calles lanzando eróticas miradas, capaces de derretir el asfaltado municipal. A ellos les ha ocurrido exactamente lo mismo, pero no lo cuentan ni aunque les condenen al mayor de los martirios: ver un drama de Marquina, pongo por tortura.

Sí, popular diestro; casi todas esas damas que escriben expontáneas y abrasadoras misivas, ora á los toreros, que recetan un gran volapié, ora á los tenores que sueltan un *dó* de pecho, suelen ser vegestorios antidiluvianos, completamente adulteradas por la lectura de las novelas de doña Carolina Invernizzio, y por el abuso del chocolate de á peseta.

Ahora, que los hay de imaginación de 42 grados y décimas, y así como usted tiene la franqueza de decir que esa paisana de Junoy, era un fósil con faldas, ellos hubieren dicho que se trataba de una princesa rusa de diez y ocho años y cuatro lunares en la región abdominal, según se vá á la derecha, la que además de darles un ardiente corazón y tres bocaditos en el cerbiquillo, hubo de obsequiarles con un collar de perlas negras, tasado en quince mil rublos y una perra gorda.

¿Que eso es torear ganado muy *chaqueteado* y que con tales moruchos meter el pie, es como meter la pata? Conformes usted y yo; pero ellos, esas capeas indecentes se las apuntan en el cuadro estadístico de final de la temporada amorosa como corridas con caballeros en plaza, «en las que los directores lucieran sus mejores y más vistosos trajes», como anuncian los carteles de las de Beneficencia.

Aunque después de todo, y mirando la cosa con un poco de filosofía, ¡todo es torear!—dirán ellos para su capote. Y yo añado:

—¡Habiendo *voluntad* y sobre todo... *riñones!*...

Modestito

LÁPIDA HABREMOS...

Venimos muy enérgicos y un poquito «graves», porque venimos á combatir una arbitrariedad. Venimos con la espada de la Razón desenvainada, dispuestos á «meternos» con el señor marqués de Aguilar de Campóo. Venimos á defender las desnudeces de una mujer... de piedra.

Fué el «caso» allá por Marzo del 908. Con ocasión del Centenario de Espronceda, la colonia extremeña residente en Madrid costeó una lápida para ser colocada en la casa en que murió el poeta. Era un alto relieve en el que aparecía una mujer desnuda, copia de otra mujer, también desnuda, que existe en un salón del Vaticano...

Se colocó la lápida. Pasó un día, pasó otro; pasaron hasta tres ó cuatro... Pero de pronto, corrió sorprendiendo la noticia de que un prócer anciano, que tiene los balcones de la casa frente á la fachada donde estaba la lápida, el señor marqués de Aguilar de Campóo, pedía á grito pelado al alcalde y al gobernador que se quitara... ¡por inmoral!

La petición sorprendió hasta al moral moralísimo marqués del Vadillo, gobernador entonces, que estuvo muy discreto, contestando que no podía hacer lo que se le pedía. ¿Qué le pasaba al prócer anciano, religioso y tolerante? ¿Por qué hallaba «punible» lo que en el Sacro Colegio pasaba como bueno? El pudoroso marqués afirmó, cuando le preguntaron, que lo hacía para evitar que se ruborizasen ciertos ojos... Otras versiones afirmaban que la mujer desnuda «caía» frente á un balcón del dormitorio del aristócrata, ex-joven y ex-enamoradizo, y al contemplarla se «emberrenchinaba»...

No es posible precisar qué paso. El caso es que el señor marqués obtuvo del presidente del Círculo Extremeño Sr. Gálvez Holguín, lo que no había obtenido del alcalde ni del gobernador, y se quitó la lápida... para poner á la dama desnuda una hoja de parra.

A la hora de ahora, y van algunos meses ya, no ha habido todavía hoja de parra, ni intentos siquiera de que «con ó sin»—no aquella que en pedazos se distribuyeron algunos extremeños—sino otra «nueva» lápida, se vaya á colocar en la casa en que murió Espronceda.

¿Es que el señor Marqués de Aguilar de Campóo no quiere? ¿Es qué...?

Cualquier cosa que sea, lápida debe haber y habrá, seguramente. ¿Dinero? ¿Actividad? ¿Molestias? ¡Hombre, ya lo sabemos!... Dinero podrá darlo un festival, más justificado ahora que nunca. La gentil Fornarina, que pasa por Madrid estos días, no regatearía, seguramente, su concurso. Rosario Pino y Carmen Sobejano, que también están en Madrid sin trabajar, tampoco. De los que se encuentran «en activo» no hay para qué hablar...

¿Administrador ha dicho usted? Eso es muy importante, pero eso podemos darlo por resuelto porque está ahí Saint-Aubin, hombre ingenioso, activo y ordenado, en cuyas manos estará más que bien el pandero administrativo.

¿Hablará Cortón, iniciador de cuanto se hizo hasta ahora en honra de Espronceda? Hable usted, querido D. Antonio en *El Liberal.* Y usted maestro Cávia en *El Imparcial;* y tú, Javier Bueno en *El Radical;* y usted, Castro en el *Heraldo;* y tú, Asenjo en *El País;* y usted, Catarineu en *La Correspondencia;* y tú, Villa en *España Libre;* y tú, Dr. Ruiz Albeniz, que te firmas «Chispero» en *Diario Universal;* y usted, López Alarcón en *El Mundo;* y tú, «Tartarín» y usted, Borrás en *España Nueva;* y tú, Corrochano en *La Mañana.*

¡Y usted, simpático Saint-Aubin, aquí tiene la llave de la Caja de La Hoja de Parra que se vaciará si es necesario!...

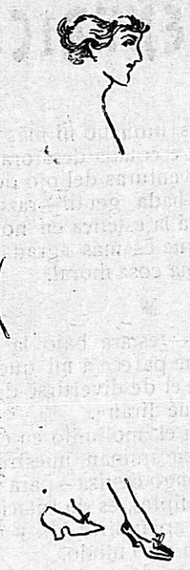
F. Gómez-Hidalgo



—Oye tú, á ver si nos sorprende alguno de la Liga antipornográfica.

UNA INDISCRECIÓN

¿Cuántos le echa usted á esa señora?



Sé que hablar de los años
es indiscreto,
pero, ¿qué periodista
guarda un secreto?
Por eso ahora
quiero hablar de los años
de una señora.

Estoy *bajo los fuegos*
de una *rubiales*
que apenas si reune
veinte cabales,
mas, por mi cuenta,
yo la colocaría
lo menos treinta.

Las pronunciadas curvas
de sus caderas
y la sombra excesiva
de sus ojeras
dan fe patente
de que lleva los treinta
muy dignamente

En su cara divina
—flor de serrallo—
luce una prematura
pata de gallo,
pero la ingrata...
¡dicen que no se deja
morder *la pata!*

Su manía constante
cuando nos vemos,
es que de las edades
sin tregua hablemos
y siempre acaba
preguntando lo mismo:
—¿Cuántos me echaba?

Y se pone ¡la pobre!
tan excitante,
acciona de aquel modo
descacharrante...
Se echa..., se sienta...
¡Y yo, á los dos minutos,
pierdo la cuenta!

Mingo Revulgo

ESTATUTOS

para fundar un «Club de Terribles»

E. Ramirez Angel

I.—Objeto y fines de este Club

Base 1.ª Con esta fecha queda constiuída en Madrid una Asociación de ciudadanos que se consagrará única y resueltamente á hacer el amor á toda mujer, cualesquiera que fuere su edad y condición.

2.ª Se considerará mujer á toda aquella persona de sexo conocidamente femenino, que haya llegado á la pubertad; esté soltera, casada ó viuda ó goce las dulzuras ilegales de una «complicación»; no rebase el lindero cronológico en que se usan dientes postizos, ojos de cristal, muletas dobles, gafas y caderas apócrifas, sin incluir las analfabetas ni exceptuar tampoco á las que publican libros más ó menos transcendentales.

3.ª Los fines de esta Asociación son absolutamente desinteresados, y no tienen otro objeto que herir de amor á la mujer, archivo de toda delicia, pero fuente del mal, llámese Eva, Dalila, Teresa de Cepeda, Lucrecia Borgia, Vicenta Verdier ó Ursula López.

BORRADOR DE ESTATUTOS

PARA

Un Club de «Terribles»

1911
«LA HOJA DE PARRA»
MADRID

RENGLONES DE UNA EXCENTRICA

¡ABAJO la liga! Vedme indignada amigos míos, y dispuesta á velar por la sagrada libertad.

Todos sabeis que en Madrid unos cuantos señores, sesudos si se quiere, pero ingénuos *malgré lui*, han constituído una liga contra la sicalipsis. ¡Hombres absurdos!.

¡Si mientras haya mujeres habrá sicalipsis! ¡Si esa calumniada sicalipsis, (hablo de la de buen tono como la mía, por ejemplo) es la savia que enciende el deseo de amar que tanto dignifica y sublimiza á las personas!

¡Pero hombres!... No obliguéis á las *divettes* á cubrir sus desnudeces ni condenéis la machicha por que las gentes van á pasarse á las nutridas suertes de los admiradores de *Bertin* y el *Teresita*, cuando vean que los encantos de las mujeres auténticas desaparecen.

¿Hay nada más humano ni más celestial que la Fornarina, escotada desaforadamente narrándonos las aventuras del ojo de cristal?

La Fornarina—hada gentil—razonará al escotarse y perderá la estética en nombre de la moral. Creed que es más agradable una cosa bonita que una cosa moral.

❦

Esta asociación—¿estará bajo la advocación de María?—me parece á mi que no tiene otro objeto que el de divertirse de lo lindo sin miedo al «qué dirán».

Leen: «Duro con el molinillo en el Royal Kurssal» y allí se encaminan nuestros *vivos* —notad que me pongo castiza—para ver si el movimiento de las tiples, es de rotación ó de traslación y poder aplaudirle allí y combatirle fuera de uno ú otro modo.

Luego que han pasado un amenísimo ratito tirando besos á las *vedettes* del Batijnoles de acá corren á ver «la pulga, creacción de la petite Demivierge etvile francaise» y se dan el gustazo de ver á la artista seguramente como vendría al mundo.

Auprés declaran fétido el espectáculo y se acuestan tranquilitos tarareando la música con que el perverso áptero molestaba á la bella.

Esta martingala no deja de tener gracia, pero es reprensible. ¿Qué se diría de nosotras, las ingénuas, si so pretexto de conocer el *necesittis palace de la Porte du Soleil* fuéramos á enterarnos de cosas que la mayoría nos figuramos como son?

Decididamente, es necesario destruir esta Liga antes de que nos destruya á nosotros.

Felipe Trigo,—mi papaito espiritual;—Benavente,—que traduce á Sakespeare;—Marquina, autor «De las hijas del Cid»,—obra genial, en uno de cuyos actos se forzan ante el público á los lindos retoños de Doña Jimena;—Bonafous,—el hombre más sicalíptico que escribe en el *Heraldo*;—Cávia, que también se las trae, cuando quiere, y otros adorables maestros y compañeros, sufrirán las impertinencias de esos caballeros, que á buen seguro no hubieran creído en la necesidad de esa Liga si tuviesen veinticinco años y treinta pesetas en el bolsillo...

Claudina Regnier.

SUPONGAMOS...

Supongamos que somos estudiantes, oficinistas del Estado, clérigos, diputados á Cortes, «habitués» de la Puerta del Sol, académicos de la Lengua, hijos de Marqueses ó genios incomprendidos, y que no tenemos nada que hacer. Supongamos que el tedio nos secuestra y que la prolongada vacuidad de nuestra vida nos irrita. Supongamos que tienen mucha razón los que, más allá del bien y del mal, aseguran que «la cuestión es pasar el rato». Supongamos que nos da por divagar una tarde, convencidos de que todo es uno y lo mismo, todo está en todo, nada es verdad ni mentira, todo es relativo, etc., etcétera, y de que dejamos en las cuartillas el arbitrario y caprichoso rastro de nuestras meditaciones. Deseosos de ser útiles á nuestros semejantes, podríamos redactar los siguientes:



Un boc... balicón

LA VIDA DEL TEATRO

Los autores y el público.

El teatro es un reflejo de la vida. Si esto no fuera un axioma; si hubiese necesidad de probarlo, bastaría reseñar las obras estrenadas y aquilatar su éxito.

Las mismas zozobras, las mismas luchas, la misma desorientación de nuestro vivir. ¡Qué vamos á llevar á la escena, sino es nuestro desequilibrio, nuestra anemia, nuestra locura!

El autor escribe entre desencantos, entre afanes, entre disgustos. A sus obras les falta serenidad, estudio, reflexión. Se ve en ellas la influencia del apremio de la vida.

Esto en cuanto á los autores. Al público le ocurre lo mismo. No sabe lo que quiere. Asiste á los estrenos con prejuicios. Aplaude una obra, no porque sea buena, sino porque está dentro del ambiente, que él vive aquel día y otras veces protesta indignado, porque está de mal humor ó porque le molesta que medre fulano. Que es verdad esto que digo, lo prueban esos señores violentos que, enarbolando el bastón desde la primera fila de butacas, amenazan al autor cuando se acerca á las candilejas, gritándole: «¡Fuera! ¡Mamarracho! ¡Fuera!» Como habréis observado, este modo de protestar no es producido por que la obra no guste. Esto no es desagrado artístico, es un deseo de descargar sobre el autor toda la bilis y toda la ira acumulada en casa, en la oficina y en la mesa del café.

Entre todos los espectadores que acuden á los extrenos, hay uno que conocen todos los autores. Es un hombre consecuente, que guarda silencio hasta el final, y cuando cae el telón, guste ó no la obra, lanza un silbido prolongado, penetrante, del que no se ha librado ningún escritor dramático ni en las noches de éxito ruidoso.

En resumen: que unos y otros estamos desquiciados, y el Arte escénico atraviesa un período difícil. Esperemos la calma, la evolución, la revolución ó el cierre de los teatros. Vamos camino de lo último.

G. Corrochano

❦

Gran Vía.—Se ha reestrenado «La tragedia de Pierrot».

El Delfín fué interpretado maravillosamente por la Srta. Farinós, que estuvo inimitable.

Centro Gráfico-Artístico, imp.—Rda. Conde-Duque, 3.

EL LIBRO DE LA SEMANA

La voz de los muertos

por CARMEN DE BURGOS (Colombine)

DIALOGOS

Entre la autora y su Genio Familiar.—Entre una enamorada muerta y una jovencita.—Entre un Fusilado y un Ahorcado.—Entre una Cortesana difunta y una Madre de familia.—Entre un Héroe muerto y un Fraile orante.—Entre Isabel I y el Guardián del Castillo de la Mota.—Entre Judas y el Cura de un pueblo.—Entre don Juan Tenorio y una Feminista.—Entre un Verdugo muerto y un Ministro conservador.—Entre Cervantes y un Periodista.—Entre Fidias y Rodin.—Entre Lucrecia Borgia y una Educanda de las Ursulinas.—Entre Leopardi y un Curioso.—PARTE SEGUNDA.—Teatro Irrepresentable: Idilio roto.—La Nochebuena del poeta.—El peso del recuerdo.—Renovación.

Precio del tomo: UNA Peseta.

Los pedidos á F. Sempere y C.ª, Editores, Valencia.

ALFONSO FOTÓGRAFO
TELÉFONO 2869
FUENCARRAL 6. MADRID

Centro periodístico de **JOSÉ LERÍN**
Abada, 22.—Kiosco frente á Apolo
Envíos de periódicos y libros á provincias

Centro Gráfico-Artístico ✣ Imprenta Ronda Conde-Duque, 3, Madrid ✣ Obras de lujo ✣ Revistas ilustradas ✣ Encuadernaciones

Fotograbado de
A. VAZQUEZ
Perfección --- Rapidez --- Economía
COLEGIATA, 7.—MADRID

La Hoja de Parra

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

Número suelto, CINCO céntimos

SUSCRIPCIÓN EN PROVINCIAS, 1,50 PESETAS TRIMESTRE

APARTADO DE CORREOS, 547.—MADRID

AÑO I. **Madrid, 20 de Mayo de 1911** **NUM. 3.**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
JOAQUÍN DICENTA
El sexto mandamiento.
JOSÉ JUAN CADENAS
La pulga de Elisabeth.
ANTONIO ZOZAYA
Agencia de sirvientes.
RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO
Ecce Homo.
EL CONFESONARIO
Artículos de
AMALIA MOLINA y
RAFAEL GONZÁLEZ (MACHAQUITO)
DON SINCERO
Un comentario
LUIS DE TAPIA
Lo sentiré.
ENRIQUE CALONGE
¿Por qué lado?
ENRIQUE TROMPETA
¡A real el homenaje!
FRANCISCO VILLAESPESA
Estrellas fugaces.
TOVAR, CYRANO, R. MARIN, DOLHY y ALFONSO
Retratos y caricaturas de Juanita Stela, Amalia Molina, Julita Méndez, Carlos Miranda, López-Montenegro, Casimiro Orras, Luis de Tapia y otros dibujos.

5 cénts.



JUANITA STELA
Notable tiple cómica del Gran Teatro.